

Cuadernos de 28 Alzate

2003

Revista vasca de la cultura y las ideas

CONCENTRACION Y ESTANCAMIENTO NACIONALISTA EN LAS ELECCIONES VASCAS DE 2003

Francisco J. Llera Ramo (*)

La celebración por séptima vez de las elecciones locales democráticas el pasado 25 de mayo se ha caracterizado en Euskadi, de nuevo, por la anomalía de la tensión social y política generadas por la intimidación y las distintas formas de reaccionar ante el miedo que viene produciendo la violencia de los terroristas y sus cómplices. Cuarenta años de terror han generado comportamientos sociales y políticos de complicidad, instrumentalización, cobardía, adaptación, inhibición, desistimiento, huida, temor y, ahora, reacción y coraje, pero con la violencia siempre de un lado y sin simetría o equidistancia posible, salvo en la mente interesada y moralmente enferma de algunos sectores sociales y políticos, muchos de ellos bien instalados en el propio sistema institucional que dicen aborrecer, llegando incluso a «limpiar» parte del territorio de la representación democrática para pasar a ser controlado en exclusiva por el totalitarismo violento. Esta violencia ha estado presente de muchas otras maneras, desde el parón táctico, y quizá «hablado», del terrorismo mortífero durante la campaña electoral (como certifica el atentado de Sangüesa) hasta la reactivación del terrorismo complementario o de sustitución de la llamada *kale borroka* (más de medio centenar de sabotajes contra representantes locales del autonomismo, que multiplicaban por seis los del mes anterior, cambiando la tendencia de los últimos meses), pasando por la dificultad de los partidos autonomistas para presentar candidatos en muchas localidades dominadas por los violentos y por la dramática realidad de una población mayoritariamente victimizada que expresa miedo a manifestarse políticamente y, en buena parte, atrapada por la «espiral del silencio».

Estas elecciones han estado caracterizadas también por los efectos sociales y, sobre todo, políticos de la ilegalización de Batasuna y de las plataformas satélites, que, como AuB, pretendían eludir la prohibición dictada por el Tribunal Supremo de que, quienes son considerados representantes políticos y cómplices orgánicos del terrorismo y sus redes, pudieran concurrir a las elecciones. A la obvia movilización social y política de estos sectores hay que añadir la más significativa actuación política del nacionalismo gobernante, empeñado en estos meses en deslegitimar a todas las instituciones del Estado, desde el Rey hasta el Tribunal Constitucional, desafiando continuamente al Estado de derecho y haciendo una reiterada y sectaria campaña de amparo a los, como mínimo, «amigos políticos» de los terroristas, con el inconfesable objetivo de poder beneficiarse de su botín electoral, primero, y de su apoyo político y social, más adelante.

Sin embargo, a día de hoy y como han vuelto a revelar los resultados electorales, nada de esto ha podido impedir la eclosión del pluralismo democrático vasco, que, tras la exclusión de los totalitarios, no sólo no ha disminuido, sino que ha aumentado, si comparamos la situación actual con la de hace cuatro años a nivel local, cuando obtuvieron las alcaldías las listas más votadas (1), aún en minoría, con las únicas excepciones de Elorrió, en Vizcaya, y Ribera Baja, en Álava. Esta normalidad relativa de la elección generalizada de la lista más votada fue posible gracias al pacto de no agresión o al apoyo tácito entre los grandes partidos para mantener el *statu quo* hasta que fuesen posibles los pactos de gobernabilidad, sobre todo, en los grandes municipios (2) y en las Diputaciones Forales. Esto es lo que más ha cambiado en esta ocasión al retocarse algunas mayorías y, sobre todo, al producirse una fractura irreversible entre la mayoría gubernamental y la minoría opositora.

Desde que el adelanto de las elecciones autonómicas de 1986, por la ruptura del PNV, las acercase en menos de un año a las elecciones locales y forales, se habían convertido en una espe-

(1) 106 para el PNV, 44 para EH, 34 para la coalición PNV/EA, 14 para el PSE-EE, 11 para EA, 9 para el PP y otras 29 independientes. El Ayuntamiento de Asparrena no se constituyó por falta de quórum, y en los de Albistur y Gaintza no se presentaron candidatos.

(2) En el 62% de los municipios no fueron necesarios los pactos por haberse obtenido mayorías absolutas, pero en los 96 más importantes, que aglutinan a más del 80% de la población vasca, sí lo eran para asegurar mayorías estables, desarrollándose dinámicas muy distintas y una geometría muy variada.

cie de segunda vuelta de las autonómicas, consolidando o debilitando la fórmula de gobierno adoptada tras estas últimas. A esto se añaden, además, la importancia adquirida por los gobiernos forales (3), sobre todo para el nacionalismo, y el peso demográfico (4) y político de las grandes poblaciones, junto con la cada vez más compleja gobernabilidad, necesitada de fórmulas de coalición en todos los ámbitos institucionales. Así pues, al carácter de *segundo orden* que ya tenían añadieron desde entonces el de *segunda vuelta* que habían ido adquiriendo y que se convirtió en más relevante en la medida en que fueron más competitivas, o la política de alianzas, con la posibilidad de coaliciones alternativas, deviniera el centro del debate político. En esta ocasión, el alejamiento temporal (dos años) producido por el adelanto electoral de las elecciones autonómicas de 2001 y, sobre todo, la exclusión de la competición de los representantes políticos del llamado MLNV (5) habrían podido eclipsar relativamente tal carácter. Sin embargo, el agravamiento de la política de bloques producido por las actitudes rupturistas de las propuestas soberanistas del nacionalismo gobernante y su estrategia de unidad o concentración nacionalista, han compensado en parte tales factores. Al mismo tiempo, la mayor tensión competitiva entre los dos grandes partidos autonomistas con responsabilidades de Estado (PP y PSOE), llamados a constituir conjuntamente la alternativa a la mayoría nacionalista, también ha empujado en la misma dirección.

Recordemos cómo las elecciones locales y forales de 1999 se producían en una especie de campaña electoral prorrogada desde las elecciones autonómicas del otoño anterior y bajo los efectos directos de la cristalización política del *frente nacionalista*, fruto de los acuerdos de Estella (6) (o Lizarra-Garazi) y de la llamada *tregua* de ETA, especialmente tras el apoyo de EH a la investidura de Ibarretxe, el sostenimiento del gobierno

(3) Los vascos eligen por sufragio directo las Juntas Generales de cada provincia o Territorio Histórico que, a su vez, son las encargadas de formar el gobierno de cada Diputación Foral, como si se tratase de una elección autonómica dentro del propio País Vasco.

(4) Las tres capitales vascas suponen el 36% de toda la población vasca (el 76% en Álava), a las que se les añaden otras seis poblaciones (del Gran Bilbao e Irún) mayores de 40.000 habitantes con otro 18% (el 29% en Vizcaya) y otras 36 mayores de 9.000 habitantes con otro 29% (el 48% en Guipúzcoa).

(5) Movimiento de Liberación Nacional Vasco, como la organización terrorista ETA denomina a su red o movimiento violento.

(6) Recuérdese que los dos ejes programáticos o reivindicativos de esta nueva alianza política de los nacionalistas son: el reconocimiento de la te-

institución PNV/EA, la constitución de la llamada *Asamblea de Municipios Vascos* o *Udalbiltza* y la larga gestación del acuerdo de legislatura por el que EH aseguró la mayoría a la coalición PNV/EA en el Parlamento vasco. Luego vendría la dramática y reiterada escenificación de la vuelta al terrorismo mortífero, la pseudorruptura del pacto de Estella, el adelanto electoral y, sobre todo, la política de bloques. En aquel contexto de la competencia partidista irrumpió, entonces como novedad, la coalición gubernamental PNV/EA, convertida en coalición electoral para las instituciones forales y más de sesenta municipios (entre los que estaban las tres capitales y los más importantes), tenía que hacer frente a las reticencias recíprocas internas sin haber logrado suturar del todo la herida de la ruptura, al tiempo que era una muestra de debilidad política de ambos socios ante el empuje de sus competidores directos: EH en Guipúzcoa y en poblaciones intermedias, el PP en Álava y en las capitales y, en menor medida, el PSE-EE en San Sebastián y en las poblaciones industriales.

Por lo tanto, también en esta ocasión las elecciones locales y forales del 25 de junio de 2003 han sido como una segunda vuelta, en la medida en que, en lo fundamental, se han mantenido o agudizado los parámetros de la política de bloques producida por la radicalización nacionalista del ciclo político iniciado hace cinco años. De este modo, por un lado, el nacionalismo gobernante buscaba su concentración electoral y la maximización institucional de sus apoyos electorales con el fin de reforzar la estrategia rupturista de Ibarretxe y, por otro lado, el PP y el PSE-EE expresaban una estrategia defensiva de oposición frontal a tales intenciones, sin apostar con claridad y en positivo por una alternativa conjunta y bien articulada de control institucional por mayorías autonomistas. Precisamente, el nuevo ciclo político que se ha abierto en la arena nacional con el asentamiento del nuevo liderazgo socialista y la fuerte competitividad bipartidista PP-PSOE, aunque sea en unas elecciones de segundo orden, no ha dejado de tener un impacto directo sobre la campaña electoral vasca. Con todo, no se debe olvidar que estamos ante unas elecciones muy territorializadas en las que la gestión local o foral o el perfil de los candidatos ha de tenerse muy en cuenta a la hora de explicar comportamientos y resultados que, a veces, no concuerdan con los parámetros o patrones más generales.

Las elecciones de segundo orden suelen caracterizarse por su menor efecto movilizador, debido al más limitado interés político que concitan y a su más baja tensión competitiva. Así venía

sucedido en el País Vasco con las elecciones autonómicas y con las locales y forales o las europeas, si nos atenemos a los promedios de participación que se sitúan en el 66,8% de las primeras, el 64,5% de las segundas y el 60,8% de las terceras frente al 70,3% de las legislativas. Sin embargo, en el País Vasco, y desde 1998, cualquier elección adquiere una relevancia de primer orden, tanto para la sociología nacionalista local y la reestructuración de sus apoyos internos, como para la política nacional por la política de bloques o su propia competitividad interna, elevando y casi homogeneizando la tensión competitiva.

Estas elecciones, sin haber roto con la pauta general, se sitúan en un ciclo de mayor participación iniciado el año 1996 y, aunque rebajan en más de nueve puntos la extraordinaria participación de las autonómicas del 2001, su casi 70%, aproximadamente, las coloca en el máximo histórico de la serie de las elecciones locales/forales, mejorando en casi un 5% la participación de hace cuatro años y superando, igualmente, tanto el nivel de participación medio nacional (2,5%) como el incremento de la movilización (en casi 2 puntos), quizá por la convergencia de ambas dinámicas movilizadoras: la competición vasca de bloques y la recalentada competitividad nacional. Esto reafirma el nuevo patrón iniciado hace cuatro años, en que por primera vez en las elecciones locales vascas se superaba la media nacional de participación.

En el propio interior del país se producen diferencias de participación, desde el máximo alavés del 72,1% (que supera en más de dos puntos el promedio vasco y supone un incremento de más de siete puntos con respecto a hace cuatro años) al mínimo guipuzcoano del 68,4% (que se sitúa casi dos puntos por debajo de dicho promedio y supera en algo menos de dos puntos, también, el nivel de la movilización alcanzado hace cuatro años), situándose Vizcaya en el promedio vasco tras un fuerte incremento de seis puntos. Vuelven a ser las poblaciones industriales de mayoría socialista o autonomista las menos movilizadas, así: Pasajes (60%), Rentería (62,7%), Sestao (64%), Baracaldo (64,5%), Irún (65,3%), San Sebastián (66,4%), Santurce (66,6%), Portugalete (67,6%), Basauri (67,9%), Andoain (67,9%), Bilbao (68,1%) o Abanto (68,3%). Los casos de San Sebastián y Bilbao contrastan, sin embargo, con la elevada movilización vitoriana (70,9%) que, en todo caso, se sitúa por debajo del promedio alavés. El otro caso atípico entre las grandes poblaciones es la máxima participación en Getxo (74%). Este caso, el vitoriano y el de la mayoría de las pequeñas poblaciones dominadas por el nacionalismo, muestran la mayor movilización nacionalista y la disputa por la cabecera de cada institu-

les. En efecto, vuelven a ser las poblaciones menores, sobre todo en Guipúzcoa y Vizcaya, por la alta competitividad intranacionalista las más movilizadas, a pesar de que en esta ocasión las diferencias han sido relativamente menores por la importante, aunque menor, movilización electoral de las opciones autonomistas en las grandes poblaciones. Volvían a ser, por lo tanto, unas elecciones abiertas, con el morbo de saber quién de las tres opciones (PNV/EA, PP o PSE-EE) ganaba en las grandes poblaciones o en las instituciones forales o, por el contrario, cuál sería el comportamiento de las opciones nacionalistas en las pequeñas y medianas poblaciones, tras la llamada al voto nulo de los dirigentes de la disuelta Batasuna.

Estas elecciones con dos urnas en Euskadi, la local y la foral, se han producido tras una campaña electoral que ha sido también triple, aunque en el mismo tiempo político. En las elecciones forales se hacía plenamente realidad el carácter de segunda vuelta de las elecciones autonómicas y en ellas estaban en juego, no sólo la gobernabilidad y la estabilidad institucional, sino también el tipo de mayorías resultante en el actual contexto de la política de bloques. Sólo el Diputado General de Álava optaba a la reelección por el PP, en tanto que la coalición PNV-EA había renovado sus tres cabeceras reforzando la línea soberanista de Ibarretxe que trataba de apuntalar con el control del poder foral. La desaparición competitiva de Batasuna y sus sucedáneos le planteaba a la actual mayoría gubernamental la posibilidad de revalidarse, sobre todo en Vizcaya y Guipúzcoa, en tanto que la alternativa autonomista confiaba en asegurarse el control de las instituciones forales de Álava. Éstas eran un objetivo clave para los primeros, hasta el punto de que pretendieron un impresentable (y luego retirado o aplazado) proyecto de reforma electoral al más puro estilo *gerrymandering* (7). Por su parte, la arena local era múltiple, como lo es la variedad demográfica y social de nuestros asentamientos humanos, que producen escenarios de competitividad política muy diversos y en los que cuenta de forma muy especial el papel de los alcaldes y líderes locales, así como la distinta implantación territorial de los partidos y, por supuesto, la gestión de la mayorías gobernantes. Sin embargo, en este ámbito la clave era doble: por un lado, el control por ambos bloques de las capitales y las gran-

des poblaciones y, por otro lado, el peso del voto nulo propiciado por la ilegalizada Batasuna y el del puñado de agrupaciones electorales de su entorno, así como las relaciones intranacionalistas y la estabilidad institucional de los viejos feudos del MI.N.V. Finalmente, en Euskadi, como en España, también resultaba relevante la pugna bipartidista PP-PSOE, tanto por el cómputo nacional de las elecciones locales, como por el de las trece autonomías que renovaban sus parlamentos regionales. Era la primera vez que el nuevo liderazgo socialista se medía con el PP y lo hacía en un contexto de fuerte reactivación de la política de adversarios tras el último año de gestión y conflictividad del gobierno popular. Esto podría generar efectos contrapuestos en Euskadi, elevando, por un lado, la competitividad entre ambas fuerzas políticas y, consecuentemente, la movilización de los respectivos electorados, pero, por otro lado, distanciándolas políticamente, lo que dificultaría su colaboración y, por tanto, la visualización de una alternativa autonomista conjunta al soberanismo nacionalista.

En la Tabla 1 mostramos el diverso apoyo electoral obtenido por los partidos vascos en esta doble contienda. De ella se deducen algunos datos de interés que vamos a subrayar. La coalición PNV/EA (sumados los votos que obtienen por separado), además de ganar las dos elecciones con alrededor del 44% de los votos válidos, vuelve a obtener sus mejores resultados en la arena foral, oscilando sus apoyos entre unas y otras en unos 14.000 votos (algo menos de un 3% de su electorado).

El PSE-EE recupera su tradicional segunda posición con alrededor del 22% de los votos válidos y experimenta una oscilación mucho menor de unos 7.000 votos (algo menos del 3% de su electorado) entre su máximo de las municipales y el mínimo de las forales, a la inversa que el PNV. El PP se mantiene en su tercera posición con alrededor del 19% de los votos válidos y una oscilación de 9.000 votos (algo más de un 4% de su electorado) entre su máximo de las forales y su mínimo de las locales, a la inversa que el PSE-EE. IU, con alrededor del 8% de los votos válidos sufre una oscilación mucho menor de menos de 2.000 votos (algo menos del 2% de su electorado), entre su máximo de las elecciones forales y su mínimo de las locales. Es de señalar la irrupción por primera vez de la coalición ARA-LAR, escindida de EH en los últimos años, que obteniendo entre el 2% y el 3% de los votos válidos es la que experimenta una mayor oscilación de unos 19.000 votos (más del 50% de su electorado foral) entre su máximo foral y su mínimo local. UA, que había experimentado la coalición gubernamental, primero, y electoral, después, con el PP cosecha su peor resultado en

(7) Mecanismo electoral tradicionalmente norteamericano por el que se retocan los distritos electorales con el fin de beneficiar al partido del gobierno.

TABLA I
Resultados obtenidos por los principales partidos vascos en las elecciones locales y forales del 25 de mayo de 2003

	Locales	% V.V.VV	Forales	% V.V.VV
PNV/EA*.....	497.467	43,8	511.417	45,3
PSE-EE.....	250.634	22,1	243.192	21,5
PP.....	212.385	18,7	221.754	19,6
IU.....	89.685	7,9	91.389	8,1
UA.....	6.144	0,5	6.373	0,5
ARALAR.....	16.878	1,5	36.172	3,2
Otros.....	44.447	3,9	2.373	0,2
Votantes.....	1.262.200	69,8	1.260.197	71,2
Nulos**.....	127.335	7,0	131.816	7,4

Elaboración propia a partir de los datos provisionales de los primeros recuentos. Fuente: Diputaciones Forales y Ministerio del Interior.

* Incluye los votos obtenidos por separado por el PNV y EA en las elecciones municipales.

** Los votos nulos ordinarios suelen ser alrededor de unos 20.000 por término medio. El % está calculado sobre el censo.

torno al 0,5% y prácticamente sin oscilación. Hay que señalar, también, la existencia en las elecciones locales, sobre todo, en poblaciones menores de agrupaciones de electores y candidaturas independientes, que aglutinan a casi un 4% del voto válido y que luego desaparecen de la competición foral, teniendo en cuenta, además, que en esta ocasión una parte importante corresponde a agrupaciones heredadas o vinculadas al electorado anterior de EH. Finalmente, en esta ocasión la exclusión de Batasuna de la competición electoral y su llamamiento al voto nulo ha tenido un éxito muy limitado, si tenemos en cuenta que, una vez descontados los alrededor de 20.000 votos nulos que se suelen contabilizar por término medio, el seguimiento de su consigna habría alcanzado a unos 110.000 votantes (en torno a un 6% del censo) y, además, con una pequeñísima oscilación de unos 4.000 electores entre el mínimo de las locales y el máximo de las forales.

Como se puede observar, los dos principales bloques de la política vasca, el nacionalista y el autonomista, se equiparan por primera vez en ambas elecciones, repartiéndose el voto válido casi al 50%, lo que indica una ausencia de volatilidad entre ambos y, sobre todo, que se rompe por primera vez la ventaja tradicional de los primeros en este tipo de elecciones territoriales.

derivada de su mejor implantación territorial, su mayor libertad de acción y los rendimientos de su mayor control institucional. Se mantiene, sin embargo, un patrón ya clásico de que las opciones de la izquierda obtienen su mejor resultado en las locales (35,7%), en tanto que las de la derecha lo hacen en las forales (65,4%), con una ventaja muy superior de estas últimas en ambas y con diferencias respectivas que no superan los tres puntos, en todo caso. Esto indica que en este caso sí hay volatilidad entre ambos bloques de izquierda y derecha en estas elecciones.

Los alrededor de 100.000 votantes volátiles o *escindidos* (un 40% más que hace cuatro años) entre las distintas opciones políticas en la doble contienda (aproximadamente, el 9% de los votos válidos) se producen más entre los partidos nacionalistas (80.000) que entre los autonomistas (20.000) y entre los de izquierda (75.000) que entre los de la derecha (25.000), invirtiendo la relación de las anteriores elecciones territoriales, entre otras cosas por la interferencia entonces de las elecciones europeas. El fenómeno predominante, además del impacto de la exclusión de Batasuna, es el avance de la concentración del voto nacionalista en torno al PNV-EA, ya iniciada con motivo de las últimas elecciones autonómicas.

Como no podía ser de otro modo, las elecciones han confirmado, en lo fundamental, el mismo pluralismo y la misma correlación de fuerzas que ya se había expresado en las autonómicas de hace dos años. Es ésta otra pauta casi constante en las elecciones locales y forales vascas por su carácter de segunda vuelta, en la que no suele haber sobresaltos. Sin embargo, por esta misma razón cualquier pequeño cambio puede ser altamente significativo. En la Tabla 2 mostramos la evolución electoral desde las elecciones forales de 1999 y estas últimas, por ser las más homogéneas y comparables en clave interna.

Las opciones nacionalistas con sus alrededor de 547.000 votos (el 48,5% del voto válido) y un retroceso de más de 80.000 votos pierden su predominio, por primera vez, en unas elecciones territoriales en el conjunto del país, en Vizcaya (49,3%) y, especialmente, en Álava (37,6%), si bien lo mantienen en Guipúzcoa (52,4%), tras retroceder entre cuatro puntos en Vizcaya y, sobre todo, diez en Guipúzcoa, pasando por los seis puntos de Álava con respecto a hace cuatro años. Es cierto que, en esta ocasión, no se pueden contabilizar los alrededor de 100.000 votos nulos atribuibles a Batasuna (algo más de 50.000 en Guipúzcoa, de 40.000 en Vizcaya y menos de 10.000 en Álava),

**PLURALISMO DE
 GEOMETRÍA
 VARIABLE**

RESUMEN DE RESULTADOS ELECTORALES EN EUSKADI ENTRE 1999 Y 2003

	E-1999		L-2000		A-2001		E-2003*	
	Votos	% VV	Votos	% VV	Votos	% VV	Votos	% VV
PNV.....	---	---	347.567	30,4	-	---	---	---
EA	---	---	86.557	7,6	---	---	---	---
PNV/EA	402.089	34,6	434.124	38,0	604.222	42,4	511.417	45,3
PP	220.633	19,0	323.235	28,3	326.933	22,9	221.754	19,6
EH(HB).....	228.847	19,7	---	---	143.139	10,0	---	---
PSE-EE.....	212.249	18,3	266.583	23,3	253.195	17,8	243.192	21,5
IU	53.563	4,6	62.293	5,4	78.862	5,5	91.389	8,1
UA	9.438	0,8	---	---	(*)	---	6.373	0,5
ARALAR	---	---	---	---	---	---	36.172	3,2
Otros.....	10.421	0,9	23.084	2,0	7.918	0,6	2.373	0,2
<i>Nacionals. .</i>	630.936	54,3	434.124	38,0	747.361	52,4	547.589	48,5
<i>Estats.</i>	495.883	42,7	675.195	59,0	666.908	46,8	565.081	49,9
<i>Izquierda</i>	494.659	42,6	345.027	30,2	483.114	33,9	373.126	33,0
<i>Derecha</i>	632.160	54,4	764.292	66,8	931.155	65,3	739.544	65,4
Censo.....	1.809.009		1.810.666		1.813.356		1.807.272	
Vots.	1.175.856	65,0	1.155.999	63,8	1.431.996	79,0	1.260.197	69,7

Elaboración propia a partir de los datos oficiales de la Junta Electoral.

* Para 2003, datos provisionales de los primeros recuentos de las Diputaciones Forales.

(*) UA compite en coalición con el PP en las elecciones autonómicas de 2001.

que, si los tuviésemos en cuenta, le devolverían al nacionalismo su mayoría en torno al 52,4% de las últimas elecciones autonómicas de 2001 (con respecto a las que se desmovilizan casi 200.000 de sus votantes o unos 100.000 si descontamos el voto nulo atribuible a Batasuna) pero, en todo caso, con un retroceso de, al menos, dos puntos con respecto a las anteriores elecciones forales.

La coalición PNV/EA con sus 511.417 votos y algo más del 45% se alza con la primera posición en el conjunto y en todas las provincias, desde el mínimo alavés (59.000 votos y un 35,5%) al máximo de Vizcaya (cerca de 300.000 votos y un 47,1%), pasando por el mayor avance guipuzcoano (cerca de 160.000 votos y un 46,8%). Los algo más de 100.000 votos que añade a sus resultados de hace cuatro años (casi los mismos que resta desde las últimas autonómicas) hay que atribuirlos, en parte, a la mayor movilización electoral, pero, sobre todo, a su capacidad para concentrar casi todo el voto nacionalista en tor-

no a las siglas de la coalición, consolidando la recuperación de más del 40% del voto de EH de hace cuatro años ya iniciada en las autonómicas del 2001, tras habérselo cedido entre los años 1998 y 1999.

EH, que había alcanzado su máximo histórico hace cuatro años, con sus 229.000 votos y algo menos del 20% de los votos válidos (entre el 28% de Guipúzcoa, que la hubiese convertido en la primera fuerza política de no ser por la coalición PNV/EA, y el 14% de Álava), y se situaba en la segunda posición en el conjunto y en Guipúzcoa, mientras que en Álava y Vizcaya pasaba a la cuarta, siendo la única fuerza política que ganaba votos, tanto desde 1995 (+68.000), como desde las autonómicas de 1998 (+4.800), cosecha en esta ocasión su mayor fracaso tras su ilegalización y la llamada al voto nulo, seguida por menos de la mitad de sus votantes de entonces. Por un lado, tiene que vérselas con la primera escisión protagonizada por ARALAR, que le arrebató más de 36.000 votos (alrededor de un 16% de su electorado), en tanto que no puede contener la hemorragia, iniciada hace dos años, del voto útil nacionalista hacia la coalición PNV/EA, que le vuelve a restar, al menos, otros 90.000 (en torno a un 39% de su electorado). Es ahora ARALAR quien trata de ocupar su espacio con una suerte muy limitada y desigual, en la medida en que sus más de 36.000 votos (un exíguo 3,2% del voto válido) sólo le permiten jugar un discreto papel político en Guipúzcoa (un 5,6% del voto válido y algo más de la mitad de sus apoyos totales), mientras que en Álava y Vizcaya, con poco más de un 2% del voto válido, sólo puede aspirar a hacerse presente.

Los partidos autonomistas con sus 565.000 votos y un 49,9% (incluidos IU y UA) mejoran sensiblemente el peso relativo de hace cuatro años (+69.000 votos y más de 7 puntos) y se mantienen respecto de las autonómicas, a pesar de desmovilizarse 102.000 votantes. El PSE-EE con sus 243.000 votos y el 21,5% de los votos válidos recupera la segunda posición del sistema de partidos vasco a dos puntos del PP, tras un avance de más de 30.000 votos con respecto a las anteriores forales (y 3 puntos) y una menor desmovilización de 10.000 votantes desde las autonómicas de hace dos años (pese a lo cual, avanza más de 4 puntos), manteniendo un peso relativo muy homogéneo en todas las provincias (desde el 20,5% de Vizcaya al 23,6% de Guipúzcoa, pasando por el 21,5% de Álava), con un comportamiento mucho mejor de guipuzcoanos (avanzan 5 puntos) y alaveses (4,5 puntos más) que de los vizcaínos (con un avance de menos de dos puntos), gracias, sobre todo, a la mayor movilización de

su propio electorado y, en menor medida, de la recuperación de los votos cedidos al PP en la etapa anterior.

El PP, con sus algo más 221.000 votos y el 19,6% (entre el 28,5% alavés y el 15,1% guipuzcoano, pasando por el 19,7% vizcaíno) retrocede a la tercera posición del sistema en el país a muy corta distancia del PSE-EE, a pesar de mantener sus votos de hace cuatro años, dejando de ser, también, la primera fuerza de Álava. Este retroceso es mucho más acusado si tenemos en cuenta la mayor movilización electoral y, sobre todo, si comparamos sus resultados con los de las autonómicas de hace dos años, con respecto a las que pierde más de 100.000 votantes y, al menos, tres puntos porcentuales del voto válido.

IU con más de 91.000 votos y el 8,1% del voto válido es la única fuerza política que experimenta avances brutos y netos, tanto con respecto a las anteriores elecciones forales (casi 38.000 votantes más y 3,5 puntos), como a las autonómicas de hace dos años (más de 12.000 votos y 2,6 puntos); comportándose de forma muy homogénea en todo el territorio (entre el 7% guipuzcoano y alavés y el 8,9% vizcaíno y con subidas de algo más de 3 puntos en todas las provincias) y beneficiándose del declive electoral de Batasuna, de la misma forma que hace cuatro años se había visto perjudicada por el ascenso de EH, así como su, discutido, papel de «bisagra» política del nacionalismo en la última etapa, de cuya experiencia de gobierno parece beneficiarse, si se compara su resultado vasco con el que cosecha en el resto de España. Finalmente, UA con sus algo más de 6.000 votos continúa su declive al volver a perder otro tercio de su electorado de hace cuatro años (-3.000), tanto en favor del PP como del PSE-EE, quedándose en una posición muy testimonial en Álava con el 3,8% de los votos válidos.

Las fuerzas de derecha, reducidas a dos y con más de 739.000 votos y el 65,4% de los votos válidos, vuelven a acentuar su hegemonía en todo el país, tras añadir más de 107.000 votos y once puntos más a los obtenidos hace cuatro años, siendo claramente hegemónica la derecha nacionalista (69%), si bien es verdad que ve desmovilizarse a casi 200.000 de sus votantes en las autonómicas, atribuibles casi por igual a nacionalistas y autonomistas, lo que no le impide mantener su peso relativo de hace dos años. Por su parte, las fuerzas de izquierda, mucho más fragmentadas y con sus más de 373.000 votos y el 33% de los votos válidos, retroceden claramente en su posición relativa en diez puntos desde hace cuatro años (120.000 votos menos) y casi otro punto desde las autonómicas (110.000 votos menos), volviendo los socialistas a ejercer su predominio en este bloque

(65%), en el que ahora tienen que competir con IU y ARALAR tras la desaparición de Batasuna.

Además de la estabilidad relativa y la escasa volatilidad (8) (salvo la inevitable de los cambios de oferta), sobre todo entre bloques, que muestran los resultados electorales forales vascos, hay otras dos pautas que se producen en estas elecciones y que merece la pena resaltar: por un lado, la concentración del voto nacionalista en la coalición PNV/EA y, por otro, la recuperación, aunque sea tímida, del papel central y de segunda fuerza de los socialistas, recuperando la dinámica de los años ochenta en la que la política vasca pivotaba sobre el refuerzo electoral de ambas fuerzas, como resultado de su entendimiento institucional y centrípeto. Ahora, tanto por la exclusión de la competición de Batasuna, como por el retroceso del PP, la tendencia polarizadora de la anterior etapa parece cambiar por una nueva dinámica, tímidamente centrípeta, a pesar de la política de bloques. A su vez, la pauta que se apuntaba hace cuatro años de un retroceso generalizado de las opciones menores y la simplificación progresiva del mapa electoral que parecía comenzar a caminar a pasos agigantados hacia su reducción a cuatro fuerzas políticas (PNV/EA, PP, PSE-EE y EH), tal como se había concretado ya en el Ayuntamiento de San Sebastián y en las Juntas Generales de Guipúzcoa, sufre un ligero parón por efecto de la ilegalización de Batasuna, que refuerza las opciones competitivas y, transitoriamente, de «bisagra» política de IU, al tiempo que facilita las oportunidades electorales, de momento sólo discretas, de la recién aparecida ARALAR. Con todo, en las instituciones quedan, por el momento, sólo cuatro fuerzas que cuentan: la única nacionalista y las tres del sistema de partidos nacional. Estas elecciones vuelven a confirmar el final irreversible de EA como opción competitiva autónoma, así como la agónica situación de UA en Álava en una arena, la local y territorial, que le era propicia.

Ya hemos dicho que no se podía entender la experiencia de coalición electoral PNV/EA si no era en clave de mantener el control de los gobiernos forales frente a la amenaza del PP en Álava y de EH en Guipúzcoa hace ahora cuatro años. La situación vuelve a repetirse, tras su reiteración exitosa en las elec-

LAS CLAVES DEL PODER FORAL

(8) La volatilidad es el flujo de votantes de unas opciones a otras entre dos elecciones sucesivas y puede ser producida por el propio cambio individual o por los cambios en las ofertas partidistas (apariciones o desapariciones de opciones en la competición).

ciones autonómicas de hace dos años, sin embargo ahora, siendo el objetivo de control institucional el mismo, su referencia era el refuerzo de la concentración del voto nacionalista y el bloqueo de las posibilidades de la alternativa autonomista. No estando en duda las cabeceras de Vizcaya y Guipúzcoa, la estrategia era poder estabilizar la gobernabilidad de ambas instituciones forales en solitario o con la ayuda de su socio de gobierno en Vitoria (IU) y ganar en Álava tratando de romper la mayoría autonomista y la unidad de acción de populares y socialistas, dado que su intento desesperado de control mediante el cambio de la ley electoral alavesa había fracasado. Tras haber comprobado el altísimo rendimiento político que un simple efecto técnico de la ley electoral vasca (un diputado, imprescindible para su mayoría relativa) les había proporcionado en las últimas elecciones autonómicas, en las que ya se había iniciado el proceso de concentración del voto nacionalista, buscaban también ahora maximizar tales beneficios técnicos en una estructura territorial y de distritos que les es más propicia y en una coyuntura política ideal, en la que había desaparecido su principal contrincante precisamente en esa parte del territorio técnicamente más favorable. En efecto, si descontamos el efecto técnico de la ley electoral en estas elecciones, la coalición PNV-EA perdería hasta cuatro de sus escaños en Guipúzcoa y otros dos en Vizcaya, quedando a tres y uno de la mayoría absoluta, respectivamente, para la que sólo podría contar con la inestimable ayuda de IU que, a su vez, debería haber añadido otros tres junteros en Vizcaya.

Como muestra la Tabla 3, la coalición PNV/EA refuerza su posición dominante (de 56 junteros hace cuatro años a los 73 actuales), sobre todo con sus mayorías absolutas en Vizcaya (27) y Guipúzcoa (27) y su recuperada primera posición en Álava (19), incrementando en conjunto un 30% de su representación foral, especialmente en Guipúzcoa (42%) y Vizcaya (28%) y más discretamente en Álava (16%), dependiendo claramente de los graneros de votos de la antigua EH.

El menor cambio se produce en Álava, a pesar de haber perdido la cabecera el PP en favor del PNV-EA, por el estancamiento del primero (los mismos 16 junteros de hace cuatro años) y la recuperación del segundo de la representación que tuvo en 1995 (hasta los 19, tras sumar tres). Lo que no estaba en cuestión en este territorio era la mayoría autonomista, que se ve reforzada en los mismos tres junteros (hasta 32), gracias al avance socialista (que pasa de 9 a 12) y a pesar del retroceso y la posición testimonial de UA (con un solo juntero), recuperando

Tabla 3
Composición de las instituciones forales
vascas en 1999 y 2003

	Álava		Guipúzcoa		Vizcaya	
	1999	2003	1999	2003	1999	2003
PNV/EA	16	19	19	27	21	27
EH	6	—	14	—	9	—
PP	16	16	8	8	10	10
PSE-EE	9	12	10	12	10	11
IU	2	3	—	3	1	3
UA	2	1	—	—	—	—
ARALAR ..	—	—	—	1	—	—
Total	51	51	51	51	51	51

FUENTE: Electos proclamados por las Juntas Electorales. Elaboración propia.

IU la representación que tuvo en 1995 (tres junteros al añadir el que había perdido a favor de EH hace cuatro años).

En Guipúzcoa el panorama se simplifica mucho más: la coalición PNV/EA refuerza su hegemonía con su primera mayoría absoluta (27 junteros) al llevarse casi la mitad (+ 8) de la desaparecida EH, el PSE-EE recupera su segunda posición (12 junteros) al añadir dos nuevos a los de hace cuatro años, el PP se estanca en su 8 junteros, IU recupera la representación (3 junteros) que obtuvo en 1995, tras su desaparición hace cuatro años por el empuje de EH, añadiendo uno más a los dos de entonces y ARALAR obtiene aquí su único juntero foral. También en este territorio las fuerzas autonomistas refuerzan su posición al incrementar su representación en cinco junteros (hasta los 23).

También en Vizcaya la coalición PNV/EA, al conseguir una ganancia de seis junteros, obtiene una posición desahogada alcanzando la mayoría absoluta (27 escaños), mientras que PPSE-EE con sus 11 junteros (uno más que hace cuatro años) vuelve a adelantar en la segunda posición al PP, que se mantiene con diez escaños, invirtiendo la posición relativa y la relación de pérdidas y ganancias de hace cuatro años entre ambos. Por su parte, IU con tres junteros recupera parte de su representación de 1995 (4 junteros), tras habérselos cedido a EH en 1999. Con lo que es en las Juntas Generales de Vizcaya en las que se experimenta la máxima simplificación a cuatro fuerzas y en ellas, también, se produce un avance del autonomismo con tres junteros más.

Como es sabido, tras las últimas elecciones torates de 1999, la coalición PNV-EA ha gobernando en minoría y en solitario las Diputaciones Forales de Vizcaya y Guipúzcoa, sin embargo a partir de este momento podrá seguir haciéndolo con su cómoda mayoría absoluta, gracias a la concentración del voto nacionalista bajo su fórmula. Por el contrario, la incierta fórmula alternativa del llamado *frente constitucionalista o autonomista* sólo podría ser válida para seguir gobernando en Álava, en la que el gobierno de coalición PP-UA ha podido contar con el apoyo parlamentario del PSE-EE en la anterior legislatura. Sin embargo, el deterioro de las relaciones entre socialistas y populares, el cambio en su correlación de fuerzas a favor de los primeros y el distinto modo de ver y articular la alianza autonomista de unos y otros, junto a la legítima aspiración de ambos a encabezar un posible e inédito gobierno de coalición en una institución de la relevancia de la Diputación Foral alavesa, hacen muy imprevisible el desenlace y la concreción gubernamental de esta mayoría.

ODER LOCAL

Si la arena foral era propia de la competición vasca, la municipal era compartida con la política española, aunque la batalla por las capitales y las grandes poblaciones era vivida por las fuerzas políticas como clave para revalidar o no los cambios estratégicos del nacionalismo vasco, por un lado, o la fortaleza y las posibilidades de la alternancia autonomista, por el otro, además de la inevitable evaluación del liderazgo de los alcaldes y la gestión de los gobiernos municipales. El carácter abierto de las elecciones locales en las capitales y grandes poblaciones, en las que domina el pluralismo polarizado propio del conjunto del país, entre PNV/EA, PSE-EE y PP las hacía especialmente competitivas, uniéndose a la identificación y fidelidad partidistas las características personales y políticas de algunos candidatos a alcaldes. Sin embargo, en las pequeñas y medianas poblaciones del interior del país, lo que suelo denominar el territorio *udalbiltza*, la competición bipartidista intranacionalista había quedado truncada por la ilegalización de Batasuna, salvo en un pequeño puñado de localidades, afrontando el nacionalismo institucional, prácticamente en solitario, el vértigo de gobernar frente a sociologías hasta ahora dominadas por los representantes políticos del MLNV.

De las diferencias locales y territoriales de implantación partidista y de la estructura de la competencia política da idea la estructura demográfica del poder local, en cuanto indicador básico de las diferencias de la estructura social interna del país. De la Tabla 4 se deducen, al menos, tres tipos de municipios, así:

Tabla 4
La estructura municipal vasca

Tamaño		Álava (%)	Guipúzcoa (%)	Vizcaya (%)	CAV (%)
Capitales	Nº Muns.	1 (2)	1 (1,1)	1(0,9)	3 (1,2)
	Población	216.527 (76)	178.229 (26,3)	358.467 (31,5)	753.223 (35,9)
	Concejals.	27 (6,6)	27 (2,9)	29 (2,4)	83 (3,3)
> 45.000	Nº Muns.	—	1 (1,1)	5 (4,5)	6 (2,4)
	Población	—	55.196 (8,2)	332.190 (29,2)	387.386 (18,5)
	Concejals.	—	25 (2,7)	117 (9,8)	142 (5,6)
> 9.000	Nº Muns.	2 (3,9)	20 (22,7)	14 (12,6)	36 (14,4)
	Población	29.447 (10,3)	324.102 (47,9)	260.260 (22,8)	613.809 (29,2)
	Concejals.	30 (7,3)	340 (36,3)	254 (21,2)	624 (24,6)
< 9.000	Nº Muns.	48 (94,1)	66 (75)	91 (82)	205 (82)
	Población	38.621 (13,7)	118.912 (17,6)	186.677 (16,4)	344.210 (16,4)
	Concejals.	352 (86,1)	544 (58,1)	795 (66,6)	1.691 (66,6)
Totales	Nº Muns.	51	88	111	250
	Población	284.595	676.439	1.137.594	2.098.628
	Concejals.	409	936	1.195	2.540

FUENTE: Diputaciones Forales y Población de Derecho al 1/1/98 según EUSTAT. Elaboración propia.

en primer lugar, el de los más pequeños, que son el 82% y aglutinan a dos terceras partes de los concejales, aunque sólo suponen el 16% de la población, y que se caracterizan políticamente por el menor pluralismo y la mayor homogeneidad nacionalista, siendo en este tipo de localidades donde mayor incidencia tienen las mayorías absolutas y el anterior bipartidismo imperfecto PNV/EH/EA. En el otro extremo, las capitales y los seis grandes municipios de máximo pluralismo y menor presencia nacionalista, que aglutinan a más de la mitad de la población, pero menos del 9% de los ediles; en tercer lugar, el tipo intermedio de los 36 municipios medianos con otro 29% de la población y una cuarta parte de los concejales, que definen una situación política de transición entre los dos tipos anteriores. Por otra parte, si Álava se caracteriza por la macrocefalia de su capital, Vizcaya destaca por el mayor peso relativo de las grandes poblaciones industriales, y Guipúzcoa, por el de los intermedios, que definen bastante bien las características diferenciales de las respectivas estructuras políticas territoriales.

Como se puede comprobar en la Tabla 5, el conjunto PNV/EA (con unos 1.600 ediles) consolida su hegemonía territorial con el 62,4% de los concejales, tras incrementar en diez puntos y

TABLA 5
El poder local en las provincias vascas en 1999 y 2003
(en porcentaje de concejales)*

	Álava		Guipúzcoa		Vizcaya	
	1999	2003	1999	2003	1999	2003
PNV	33,7	25,4	6,4	4,0	35,2	40,2
EA	6,6	—	5,1	2,3	5,4	6,6
PNV/EA	11,7	33,4	23,6	50,3	9,1	21,2
EH	13,7	—	36,3	—	23,7	—
PP	22,0	21,5	4,9	5,7	7,3	7,5
PSE-EE	6,1	8,7	10,0	13,7	10,3	10,8
IU	0,2	1,0	0,6	3,7	1,6	3,3
UA	2,2	—	—	—	—	—
ARALAR	—	1,0	—	2,6	—	0,2
Otros	3,7	9,0	5,8	17,5	4,2	10,2
Total	100	100	100	100	100	100

FUENTE: Elaboración propia. Para 2003 datos provisionales de los primeros recuentos del M^o del Interior.

casi 500 concejales los obtenidos hace cuatro años, que son, aproximadamente, los que habría perdido EH y dejado vacantes la excluida Batasuna. De ellos la mayoría corresponden a la propia coalición (870 y un 33,9%), sobre todo, en Guipúzcoa (476 y un 50,3%) y Álava (138 y un 33,4%) y, en menor medida, en Vizcaya (256 y un 21,2%), que es donde el PNV en solitario obtiene un mejor resultado (485 y un 40,2%) e incrementos netos de unos 60 concejales y cinco puntos, mientras que retrocede en Álava (105 concejales y un 25,4%) y Guipúzcoa (38 y 4%, respectivamente. EA, por su parte, sólo obtiene concejales en Vizcaya (80 y un 6,6%) y Guipúzcoa (22 y un 2,3%), avanzando ligeramente en la primera y perdiendo más de la mitad en la segunda. En cuanto a sus apoyos electorales, el conjunto PNV/EA con cerca de medio millón de votos (un 43,8%) recupera los votos que había perdido hace cuatro años a favor de EH al aumentar unos 100.000 (un 5,6%) y una distribución provincial desigual: en Vizcaya, con más de 290.000 votos (un 46,2%), aumenta más de 65.000 votos y un 10%, en Guipúzcoa, con cerca de 150.000 (un 43,7%), aumenta más de 20.000 y un 11%, y en Álava, con algo menos de 60.000 (un 35%), aumenta otros 15.000 y un 8%. Aunque sus incrementos son generalizados, éstos son más acusados en el territorio que en las capitales en los casos de Guipúzcoa (un incremento de 6 puntos en San Sebastián) y Álava (un incremento de 5 puntos en Vitoria), en tanto que en Vizcaya es más homogéneo el avan-

ce, llegando a subir en Bilbao ligeramente por encima de la media provincial.

La segunda fuerza vuelve a ser el PSE-EE con 296 concejales (un 11,5%), alcanzando su mejor resultado desde 1983, sobre todo, en Guipúzcoa (con un máximo histórico de 130 concejales y un 13,7%) y, en menor medida, en Vizcaya (130 y un 10,8%) y Álava (36 y un 8,7%). Los más de 50 concejales ganados en esta ocasión le suponen un incremento de más del 20% en su representación de hace cuatro años, sobre todo, en Álava (+ 44%) y Guipúzcoa (+ 38%) y, en mucha menor medida, en Vizcaya (sólo algo menos de un 6%). En cuanto a sus apoyos electorales, los socialistas con más de 250.000 votos (un 22,1%) recuperan los más de 30.000 votos que habían perdido hace cuatro años (un 3,3%) y una distribución provincial desigual: en Vizcaya, con la mitad de su electorado (un 19,8%), aumenta algo más de 10.000 votos y un 1,5%, en Guipúzcoa, con unos 90.000 (un 26,9%), aumenta otro tanto y un 5,9%, y en Álava, con algo más de 35.000 (un 21,1%), aumenta los mismos 10.000 y otro 5%. Si en Álava y en Vizcaya los incrementos son casi homogéneos, sobre todo allí donde obtienen sus mejores resultados o ya gobiernan, en Guipúzcoa estos incrementos tienen una distribución muy desigual, siendo mayores en las poblaciones intermedias.

A muy corta distancia se sitúa el PP (con 232 ediles y un 9%) con un 21,5% de los concejales alaveses, un 7,5% de los vizcaínos y un 5,7% de los guipuzcoanos, tras un claro estancamiento en su representación, a pesar de incrementarla en diez concejales (8 en Guipúzcoa, 3 en Vizcaya, pero uno menos en Álava). En cuanto a sus apoyos electorales, los populares, con alrededor de 212.000 votos (un 18,7%), añaden algo más de 9.000 votos a los obtenidos hace cuatro años (un 1%) y una distribución provincial desigual: en Vizcaya, con más de la mitad de su electorado (118.000 votos y un 18,7%), aumentan algo menos de 6.000 votos y un 0,7%, en Guipúzcoa, con algo menos de 50.000 (un 14,2%) se estancan (a pesar de lo cual mejoran en 1,7%), y en Álava, con algo más de 46.000 (un 27,9%), aumentan unos 3.000, pero sólo tres décimas. Si tenemos en cuenta la mayor participación electoral y la mejor posición relativa que la desaparición de EH propicia, el estancamiento popular supone un ligero retroceso en su capacidad de movilización en términos comparativos con el resto de fuerzas, que es algo notable, sobre todo, en las capitales. Esto es más acusado en Álava, al producirse la desaparición de los consistorios de su aliado UA.

IU, con 79 concejales (un 3,1%), obtiene su máximo histórico al recuperar los más de 40 que había perdido hace cuatro años a favor de EH y añadir otros 10 más, adquiriendo, además, la llave de la gobernabilidad en algunas poblaciones importantes. Su mejor resultado, en términos relativos, es el guipuzcoano (con un récord de 35 concejales y un 3,7% de la representación local), aunque en términos absolutos obtenga más concejales en Vizcaya (40 y un 3,3%) sin que pueda recuperar su máximo de representación de 1995 (45), teniendo en Álava una posición puramente testimonial (4 y un 1%) en Vitoria, Llodio y Alegría. En cuanto a sus apoyos electorales, con casi 90.000 votos (un 7,9%) recupera exactamente los casi 40.000 votos que había perdido hace cuatro años (un 3,5%) y una distribución provincial desigual: en Vizcaya, con más de la mitad de su electorado (un 8,9%), aumenta alrededor de 24.000 votos y un 3,7%, en Guipúzcoa, con casi 22.000 (un 6,5%) aumenta cerca de 10.000 y un 3,3%, y en Álava, con algo más de 11.000 (un 6,8%), aumenta unos 5.000 y otro 2,6%. Los incrementos más significativos se producen en las poblaciones industriales y, muy especialmente, en Bilbao que, dado el comportamiento del electorado socialista en esta capital, se debe claramente a una captación de parte de ese voto.

Finalmente, UA desaparece de la escena local al perder sus últimos 9 concejales, a pesar de su presencia en el gobierno de la capital, quedándose con el exiguo apoyo de unos 6.000 votantes alaveses, lo que supera ligeramente el 3% de esta provincia, tras haber perdido un tercio de su electorado. La novedad en estas elecciones, como ya hemos dicho, es la irrupción de ARALAR, que obtiene algo menos de 17.000 votantes (1,5%) y unos 30 concejales (1,2%), casi todos ellos en Guipúzcoa (25 y un 2,6%). Quedarían algo más de 100 concejales (un 3,9%) del total de 327 independientes (12,8%), sobre todo, en Guipúzcoa (unos 60 y un 6,3%) y, en menor medida, en Vizcaya (unos 40 y un 3,3%) y Álava (unos 15 y un 3,6%) atribuibles a las nuevas agrupaciones de electores surgidas de la herencia de Batasuna, con unos apoyos electorales de menos de 40.000 votantes (3,9%) cosechados en las pequeñas poblaciones del territorio *udalbiltza*.

Si nos fijamos en la implantación territorial de la representación, así como en las primeras posiciones y en las mayorías de los nuevos consistorios, la coalición PNV/EA (con sus 870 concejales) obtiene representación en 114 municipios (un 45,6% del total), ganando en 99 de ellos (51 en Guipúzcoa, 28 en Vizcaya y otros 20 en Álava), ya sea como lista única (20) en pequeñas localidades, sobre todo de Guipúzcoa (17), ya sea

con mayoría absoluta (62), ya sea como lista más votada (17). Entre las que obtiene mayoría absoluta destacan Llodio (antes EH) en Álava, Beasain, Elgoibar, Hernani (antes EH), Hondarribia, Oñati, Ordizia y Zarauz en Guipúzcoa y Arrigorriaga, Elorrio, Erandio, Galdakao y Leioa en Vizcaya, así como las primeras posiciones de Bilbao, Basauri, Durango, Getxo, Portugalete (antes PSE-EE), Santurce (antes PSE-EE), Sestao (antes PSE-EE) en esta misma provincia, y Mondragón (antes EH) en Guipúzcoa, como poblaciones mayores de 10.000 habitantes. El PNV (con sus 628 concejales), por su parte, obtiene representación en otro centenar de municipios, ganando en casi todas estas, mayormente, pequeñas poblaciones (70 en Vizcaya, 20 en Álava y otras 3 en Guipúzcoa), como lista única o mayoría absoluta en 88 de ellas, entre las que destacan Gernika, Munguía y Sopelana en Vizcaya, así como las primeras posiciones en Abanto y Ciérvana (antes PSE-EE) y Amorebieta en Vizcaya, o Tolosa (antes EH) en Guipúzcoa. Por su parte EA (con sus 103 concejales) obtiene representación en 32 localidades (26 vizcaínas y 6 guipuzcoanas), ganando en 4 de ellas y con mayoría absoluta en Oiarzun (antes EH) y Bermeo. La nueva formación ARALAR (con sus 30 ediles) obtiene representación en una decena de localidades (6 en Guipúzcoa, 3 en Álava y 1 en Vizcaya), siendo la única lista en Zaldibia (antes EH) y convirtiéndose en decisiva para las mayorías nacionalistas de Aretxabaleta y, sobre todo, Mondragón. Finalmente, de las 43 localidades (32 en Guipúzcoa, 9 en Vizcaya y otras 2 en Álava), en las que ganó EH hace cuatro años, sólo en un puñado de pequeñas poblaciones sus agrupaciones de electores han podido mantener tal posición, reduciendo su presencia a poco más de una veintena de municipios (16 en Vizcaya y 8 en Guipúzcoa) pero, sobre todo, desapareciendo de aquellas más importantes en las que gobernaba con mayoría absoluta (Oiarzun y Ondarroa) o en minoría (Andoain, Mondragón, Hernani, Pasajes y Tolosa en Guipúzcoa, Llodio en Álava y Lekeitio en Vizcaya) y siendo el voto nulo mayoritario sólo en Oiarzun, Hernani, Pasajes y algunas poblaciones menores controladas por ellos.

El PSE-EE (con sus 296 concejales) obtiene representación en 97 de los 250 municipios vascos, añade dos mayorías absolutas (Eibar y Trápaga) a las que ya tenía en Lasarte y Ermua, y gana en Elciego en Álava, Andoain, Pasajes (antes EH), San Sebastián, Rentería (antes EH), Irún y Zumárraga en Guipúzcoa, y en Baracaldo y Ortuella en Vizcaya, en donde pierde su tradicional mayoría de las poblaciones industriales de la Margen Izquierda (Abanto, Portugalete, Santurce y Sestao) a favor de la coalición nacionalista. Con todo, podrá seguir gobernando en todas ellas

con el apoyo del PP y, en algún caso, de IU o agrupaciones de electores como la de Sestao, fruto de su propia crisis interna.

El PP (con 232 concejales) obtiene representación en más de un centenar de municipios y gana, además de en Vitoria, en otras seis pequeñas localidades alavesas, casi todas con mayoría absoluta, siendo la clave de la gobernabilidad en casi todas aquellas grandes poblaciones en las que el PSE-EE ha ganado en minoría o, habiendo perdido, puede mantener sus actuales alcaldías.

IU (con 79 concejales) obtiene representación en 56 localidades (29 guipuzcoanas, 24 vizcaínas y 3 alavesas) con un avance notabilísimo, especialmente en Guipúzcoa, donde sólo contaba con concejales en tres municipios, pudiendo ser clave para la formación de mayorías en Ayuntamientos importantes como los de Bilbao, Getxo, Abanto, Basauri, Ortuella o Sestao en Vizcaya, y Mondragón, Rentería, Pasajes, Urnieta y Zumárraga en Guipúzcoa, en donde las mayorías nacionalista o autonomista dependen de su voto.

TABLA 6
La composición de los consistorios de las capitales vascas en 1999 y 2003

	Vitoria		San Sebastián		Bilbao	
	1999	2003	1999	2003	1999	2003
PNV/EA	7	9	7	9	9	13
HB/EH	3	—	5	—	4	—
PP	9	9	6	7	8	8
PSE-EE	5	7	9	10	5	5
IU	1	2	—	1	1	3
UA	2	—	—	—	—	—
ICV	—	—	—	—	2	—
Total	27	27	27	27	29	9

FUENTE: Electos proclamados por las Juntas Electorales. Elaboración propia.

Con todo, la batalla principal seguía estando en las capitales, que suponen un 36% de la población vasca, y en las grandes poblaciones, en las que el pluralismo político y la complejidad sociológica del país se expresan plenamente. En la Tabla 6 tenemos la evolución de la composición de los consistorios de las mismas. Como ya se ha indicado, la coalición PNV/EA, el PP y el PSE-EE se reparten las primeras posiciones en cada una de ellas, reafirmando la mayoría autonomista de Vitoria y San Sebastián y dependiendo de la posición de IU en Bilbao donde,

por primer vez, el nacionalismo no tiene el control omnímodo del consistorio. En Vitoria el PP mantiene su representación y su primera posición, el PSE-EE suma los dos ediles que pierde UA y la coalición PNV-EA e IU recuperan la representación que tenían en 1995, al repartirse los tres concejales de EH, simplificándose el consistorio y manteniéndose la mayoría autonomista anterior. En San Sebastián el PSE-EE también revalida su posición, sumando un edil más a los nueve anteriores, lo mismo que el PP, en tanto que la coalición PNV-EA suma dos nuevos e IU recupera el único edil que ya tuviera y que perdió en la anterior legislatura, saliendo reforzada la mayoría autonomista. Finalmente, Bilbao es la capital que experimenta un cambio mayor, no sólo por la exclusión de EH (4), sino también, por la desaparición de la plataforma electoral (ICV) del ex alcalde J.^a Gorordo (2), reforzando la coalición PNV-EA su primera posición con cuatro nuevos concejales, en tanto que el PP también añade aquí un nuevo edil, mientras que es la única capital en que el PSE-EE se estanca en favor de un mayor avance y representación de IU, simplificándose notablemente la correlación de fuerzas con un equilibrio entre nacionalistas y autonomistas, cuyo desenlace depende de la posición que adopte IU.

Si ya era compleja la gobernabilidad foral, aún lo es más la local. Así, si tomamos en cuenta, además de las tres capitales, las otras 6 poblaciones mayores de 45.000 habitantes, que aglutinan a otro 18% de la población vasca y cuya primera posición se reparten PSE-EE (2) y PNV/EA (4), invirtiendo la relación de hace cuatro años, la mayoría nacionalista, a pesar del éxito relativo de su concentración, retrocede en todas ellas y sólo será viable en Bilbao, Basauri y Getxo con el apoyo de IU. Por el contrario, la mayoría autonomista, que se ve reforzada en las principales poblaciones, será factible en San Sebastián, Vitoria, Irún, Barakaldo, Portugalete y Santurce, sea cual sea la fórmula de gobierno (minoritario y monocolor o no) que se adopte.

En las otras 39 localidades vascas de más de 8.000 habitantes que aglutinan a otro 30% de la población vasca, la situación no es menos compleja. El nacionalismo unificado mantiene su hegemonía en 28 de ellas, en tanto que la alianza autonomista es mayoritaria en las 11 restantes, si bien entre estas últimas están las más pobladas y en algunos casos esta mayoría depende de la actitud de IU.

Del análisis anterior se deduce con claridad que la actual mayoría nacionalista y su instrumento de la Asamblea de Municipios Vascos (oficial) que llevará más concejales y alcaldes a las

reuniones, retrocede y fracasa en aquellas poblaciones que aglutinan a más de la mitad de la población vasca y que se caracterizan por un mayor pluralismo político, en tanto que tiene éxito casi en exclusiva en la mayor parte de los pequeños y medianos municipios, caracterizados hasta ahora por el predominio del bipartidismo imperfecto nacionalista, que produce el espejismo etnocéntrico de creer que todo el país es así de simple u homogéneo. Sin embargo, también en muchas de estas poblaciones las opciones autonomistas obtienen representación, y esto a pesar de las dificultades de todos conocidas para confeccionar listas con libertad y su casi imposible implantación por la limpieza étnica ejercida por los violentos, lo cual también es un síntoma de avance del autonomismo en buena parte del territorio *udalbiltza*, sobre todo guipuzcoano. El problema que se le plantea al nacionalismo gobernante unificado en esta parte del territorio es que la victoria de la *udalbiltza* oficial (9) sobre la de los violentos, prácticamente liquidada, no hace más que incrementar su vértigo a gobernar en solitario teniendo enfrente a una sociología violenta (10), en principio, adversa y que está acostumbrada a ejercer un control social omnímodo sobre estas poblaciones.

El nacionalismo gobernante se había planteado en estas elecciones el objetivo de ampliar y fortalecer su poder institucional como paso previo para hacer avanzar los planes soberanistas y de ruptura encabezados por el *lehendakari* Ibarretxe (11), para

(9) Le llamamos «oficial» porque es el originalmente creado y subvencionado por el nacionalismo gobernante en cumplimiento de los acuerdos de Estella, del que, tras la ruptura con el MLNV, se escindió la *udalbiltza* de estos últimos. Éste es el mejor ejemplo de la estrategia desinstitucionalizadora y de deslegitimación del actual autogobierno que inspira la política del MLNV y que encuentra su mejor expresión en el informe de ETA sobre la «segunda transición», que ha sido revelado por los medios de comunicación (ver *El País* del 30 de mayo de 1999) y que ha contado y sigue contando con la colaboración del nacionalismo gobernante.

(10) Véase el último comunicado de ETA al respecto, las declaraciones de Otegi sobre las «concejalías robadas», sus llamadas a la «desobediencia» coordinada con el nacionalismo gobernante y las denuncias de representantes del PNV y EA sobre las «amenazas y presiones» que están recibiendo sus ediles, así como las advertencias de posibles acciones antisistema por parte del MLNV.

(11) El llamado Plan Ibarretxe de septiembre de 2002 es la concreción de la estrategia soberanista y de ruptura del actual modelo de autogobierno incluida en los pactos de Estella mediante el ejercicio de un supuesto y natural «derecho de autodeterminación», que busca unificar a todo el nacionalismo en una unidad de acción anticonstitucional contra el Estado como forma de poner un precio político al final del terrorismo.

lo cual era imprescindible el control de las tres Diputaciones Forales y, en menor medida, de los consistorios de las tres capitales y las principales poblaciones del país. Por eso necesitaba mantener movilizado y concentrar al máximo el voto nacionalista de las últimas elecciones autonómicas, para poder administrarlo políticamente en los próximos meses. Si lo primero lo podía hacer activando la política de frentes mediante el victimismo, lo segundo, facilitado por la ilegalización de Batasuna, lo hará radicalizando sus posiciones y su discurso deslegitimador mediante el amparo de los representantes políticos de los terroristas y las continuas provocaciones al Estado de derecho, como antesala de una próxima dinámica de desobediencia y enfrentamiento institucional, a modo de *pase foral*. Han conseguido, por el momento, concentrar poco más del voto nacionalista que ya habían obtenido en las elecciones autonómicas de hace dos años y han movilizado menos que el conjunto de las opciones autonomistas, que salen ligeramente reforzadas desde el punto de vista electoral.

Hace cuatro años decía que el *tren de Estella* no ha desacarrilado, pero ha tenido que frenar en seco ante el pedrusco del pluralismo local vasco, que ha convertido a la llamada *Asamblea de Municipios de Euskal Herria* en lo que es, un espejismo etnocéntrico del mundo homogéneo, rural y minoritario del nacionalismo vasco, que puede servir para reunir a todas las ramas del nacionalismo vasco de los distintos territorios, pero en absoluto para representar al pluralismo mayoritario de la sociedad vasca desarrollada. Hoy hay que decir que la reválida soberanista de Ibarretxe no ha corrido mejor suerte y ha vuelto a tropezar en la misma piedra del tozudo pluralismo vasco, a pesar del acoso y derribo a que es sometido por los violentos, sus cómplices y la estrategia deslegitimadora del poder institucional nacionalista. En efecto, la concentración nacionalista y el sistema electoral les permitirá gobernar con comodidad en las dos Diputaciones Forales en las que ya gobernaban en minoría, y en la inmensa mayoría de los pequeños y medianos municipios en los que ya lo hacían, pero no han añadido ni un palmo más a su poder institucional ni en Álava, ni en las capitales ni en las grandes poblaciones, a pesar de sus «amargas victorias» y de la inestimable ayuda que les prestará a buen seguro IU. Sin embargo, se ha encontrado con un grave problema en su patio trasero, al tener que vérselas con el desalojo institucional de los violentos cuyo poder ha concentrado, pero cuya sociología antisistema sigue activa en el territorio *udalbiltza*. Lo que estamos viendo estos días de desafío institucional disfrazado de victimismo quizá sea la prueba de este fracaso estratégico y la reacción miedosa al vértigo de su victoria en el interior del país

Del lado autonomista, a pesar de su buen resultado y de resistir el acoso al que sus representantes tienen que hacer frente cada día, las cosas no pintan mucho mejor debido, sobre todo, al deterioro de las relaciones entre socialistas y populares, por su necesidad de competir en la arena nacional, caracterizada fatalmente por la *política de adversarios*, y por su falta de concertación ante el grave deterioro político que se vive en Euskadi, que reclamaría una auténtica e integral política de Estado. Mientras que persista la política de bloques impuesta por el nacionalismo y su comprobada deslealtad constitucional y democrática, no cabe otra alternativa que una auténtica y articulada alianza para la alternancia que sirva tanto para mermar el control nacionalista de las instituciones, como para desactivar y hacerle desistir de su actual estrategia de ruptura y confrontación soberanista. Pero, esta alianza alternativa tiene que ser visualizada, no puede ser residual o defensiva, ha de basarse en la moderación y el pragmatismo y deberá ser gestionada con una gran lealtad y generosidad que renuncie al aprovechamiento partidista inmediato, respetando la autonomía ideológica y estratégica de sus dos grandes partidos y desarrollando una gran labor pedagógica que la haga comprensible y la afiance sociológicamente. Puede parecer un milagro, pero la sociedad vasca y española lo necesitan, y si han sido posibles una transición ejemplar y la consolidación democrática basada en la descentralización que disfrutamos, no puede ser que estemos reclamando un imposible. Las posibilidades de éxito no están, sólo o sobre todo, en la sociología y el discurso más convencidamente antinacionalista sino en los sectores más autonomistas del nacionalismo moderado o, incluso, los federalistas de la izquierda a quienes no les resulta fácilmente asumible, por el momento, una alternancia encabezada por el PP. Por eso, la otra cara positiva para los autonomistas en estas elecciones, a pesar de algunos traspies de unos y otros según en qué sitios, es la recuperación socialista y su vuelta a la posición ligeramente dominante, o al menos equiparable a los populares, que debiera llevar o favorecer un rediseño más centrado de la alternancia.

El banco de pruebas va a estar en muchos ayuntamientos pero, sobre todo, está en Álava, donde el PP era el principal referente de la alternativa autonomista. El PSE-EE, después de correr el riesgo de pasar de la mediocridad a la irrelevancia política en sus devaneos pseudoestratégicos, tiene ahora la oportunidad de recuperar una posición de centralidad política, si acierta a administrar con visión estratégica los recursos políticos que capitaliza, por encima de los enjuagues familiares y de aparato o el vértigo de perder la colocación. La relativa profundidad política

que vive una parte del autonomismo vasco es la que impide articular política e institucionalmente a la mayoría sociológica del país, que no está por aventuras ni rupturas. Ambas fuerzas tienen que comprometerse seria y articuladamente a ofrecer durante los próximos tiempos una alternativa institucional en forma de pacto o coalición en las instituciones en que son mayoría, haciéndolo en plano de igualdad y con la asimetría precisa, al tiempo que piensan en el candidato futuro que mejor pueda arrastrar el puñado de votos que necesitan para invertir la actual correlación de fuerzas. Creo, sinceramente, que darían un paso de gigantes si, por ejemplo, fuesen capaces de gobernar en coalición en Vitoria y en la Diputación Foral alavesa, donde la sociología es ya más permeable a esta alianza, con un programa de mínimos claro en su visión estratégica y alternándose ambos al frente de las respectivas instituciones o pactando, a cambio, el futuro candidato o el formato de la alternativa autonomista.

Los vascos no son hoy más nacionalistas que hace cuatro años, ni que hace dos años, sin embargo el nacionalismo se ha concentrado y está siendo dirigido por una estrategia y un liderazgo radicales, de corte populista y autoritario, difícilmente compatibles con los valores y las lealtades democráticas establecidas. Vamos a tener más estabilidad institucional en Ayuntamientos y Diputaciones Forales, pero los problemas de gobernabilidad van a ser mayores por la estrategia de confrontación total del nacionalismo con el sistema democrático español. Estamos obligados a denunciarlo ante la sociedad vasca y a convencerla de que por ese camino no se puede seguir sin correr graves riesgos. Porque el precio más grave en una situación, tan democráticamente anormal, como la vasca no es ni la estabilidad gubernamental ni su capacidad para producir leyes o aprobar presupuestos, sino el precio político y moral de haber mezclado la gobernabilidad institucional con la política de pacificación, y los acuerdos intranacionalistas que la deberían lubricar. Es un precio que ya está pagando todo el país en forma de incertidumbre política y una fractura social y política, que hace imposible la política de consenso imprescindible para hacer avanzar los procesos de pacificación y normalización, que no es otra cosa que la plena legitimación del pluralismo, el fin de la intimidación política y el total respeto a las reglas del juego democrático establecidas. Estas cosas son las que no están garantizadas por el momento en Euskadi, ni el nacionalismo gobernante tiene interés en afrontar sin buscar un rendimiento estrictamente partidista y excluyente. Por eso, la perentoriedad de la exigencia a los partidos autonomistas de que estén a la altura de las responsabilidades que la ciudadanía vasca les ha asignado.

tenidas tras las últimas elecciones autonómicas y, aunque sea duro políticamente, el PNV no tiene más remedio que, en lugar de seguir intentando el camino de Estella con retoques, desandar ese camino que, por otra parte, ha sido realmente corto en sus resultados tangibles, tanto para la pacificación como para la normalización política del país. Transitoriamente, lo que se impone es una gobernabilidad de geometría menos variable que hace cuatro años, caracterizada por gobiernos de uno u otro bloque, mayoritarios o en minoría, en tanto que la política de pactos mixtos entre nacionalistas y no nacionalistas vuelva a ser factible en una recomposición de la estrategia política general, en la que se diferencien con claridad gobernabilidad institucional, pacificación y normalización.

Y concluyo, como lo hacía hace cuatro años, diciendo que los vascos han vuelto a decidir en su ámbito lo que ya habían hecho tantas veces antes de que los virtuales neófitos de la democracia fuesen investidos por el nacionalismo mayoritario como paladines de la misma, legitimando *a posteriori* su historia de terror y amparándoles políticamente, para su propia desgracia y la de todos los demócratas, a saber: que la sociedad vasca es cabezonamente plural y que no está ni por la perversión moral de los principios democráticos, ni por las aventuras políticas. Sólo el consenso entre los demócratas puede sacarnos del estancamiento y de la ruptura, pero éste únicamente es viable sin imposiciones ni exclusiones y con un escrupuloso respeto a las reglas del juego de nuestra democracia constitucional. ¿Seguirá sin servir para nada la lección? □

Xabier Garmendia (*)

Hoy concedemos el V Premio a la Tolerancia Fundación Maite Torrano. Desde la Fundación, instituímos este galardón porque en el fondo reconocíamos que el problema que nos asola en nuestro país es un problema de falta de una cultura democrática compartida, en la que los valores de la tolerancia ocupen un puesto central en el sistema de valores que debe sustentar toda convivencia en libertad.

Y la pregunta que debemos hacernos es cómo es posible que en el corazón de la Europa democrática siga existiendo un reducto en el que se siga asesinando al discrepante, en este caso político. O que simplemente se asesine, indiscriminadamente muchas veces, para imponer unos determinados postulados. Que se asesine para doblegar la voluntad del conjunto de la sociedad que, aun en las condiciones más difíciles, ha dicho, una y mil veces, que no comparte ideas tan descabelladas, tan ucrónicas y tan anacrónicas.

Es evidente que una parte de nuestra sociedad —la que comparte los asesinatos y la que mira para otro lado porque, aunque le repugnen los mismos, intuye que gracias a ellos ocupa una posición política preponde-

rante en el sistema político vasco—, o desconoce los valores de la tolerancia o simplemente prefiere subordinarlos a otros objetivos que considera más importantes.

Y sin tolerancia es difícil, por no decir imposible, la convivencia democrática en libertad, como hemos ido comprendiendo los europeos a lo largo de los últimos cinco siglos. En Europa, los valores de la tolerancia se han ido tejiendo a partir de la clarividencia de algunos grandes pensadores, filósofos y moralistas, que en determinados momentos han sabido iluminar a la sociedad dirigiendo su pluma implacable contra las injusticias, las arbitrariedades y las violaciones de la dignidad humana cometidas por el poder, en nombre de la religión, primero, y del nacionalismo excluyente y otros totalitarismos después.

Hace casi quinientos años las guerras de religión asolaban Europa. Los europeos, divididos por la Reforma y la Contrarreforma nos matábamos por imponer a los que no creían lo mismo que nosotros la supremacía de los respectivos dogmas religiosos y morales. Familias divididas, Estados partidos, pueblos destrozados, asesinatos sectarios, guerras sin sentido, y un largo etcétera son el resultado del fanatismo religioso. Tanto sinrazón hace reflexionar a aquellos coetáneos en torno a la necesidad de construir la

(*) Presidente de la Fundación Maite Torrano.